

## JUAN GUERRERO

Madrid, 1983

Cuando pienso, pasados los años, en *nuestro amigo*, lo primero que se me aparece en la memoria -antes incluso que su redondeada figura de moro claro- es algo, diríase, como un intenso... *nido* de simpatía. Parece *casi nada*, ya que puede pensarse en una simpatía como la de tantos otros, pero en él se trataba de muy otra cosa: lo suyo era como una cualidad muy profunda y, desde luego, muy poco común -la verdad es que yo no he vuelto a tropezarme con nadie que tuviera tan marcada esa rara condición-, pues hay que aclarar en seguida que no era tanto que él, Juan Guerrero, fuese un hombre simpático (aunque también lo era) como que a él, ¡a un español!, le resultaba simpático... lo demás, todo lo demás, el mundo todo. No era tanto la simpatía que él pudiera despertarnos (que era mucha), sino la que estaba siempre despierta y bien dispuesta en él por todo lo existente. Y no es que le gustara todo por igual, fundiendo y confundiendo unas cosas con otras -seres, paisajes, ciudades, libros, cuadros-, ni fundiendo y confundiendo unos valores con otros, sino que todo era *visto*, para empezar, con la misma simpatía, con la misma alegría, con el mismo fervor, con el mismo... *favor*, o sea, favorablemente, buenamente, amistosamente. Aunque pronto llegase, más que nuestro consabido tío Paco con la rebaja, el *amigo* Paco suyo, y no con la mezquina rebaja, ni con la desalmada “justicia”, ¡qué horror!, sino con la... justeza, con la amorosa justeza. También quisiera aclarar (para los que no tuvieron ocasión de conocerle) que no se trataba, en absoluto, de uno de esos castizos optimistas que todo lo encuentran bien porque... no les importa nada. A nuestro Juan le importaba mucho todo, pero sin estar *en contra*, sin *necesidad* de estar en contra de ello, como en cambio viene casi siempre a sucederle -dramáticamente- al... español. Se diría que al español castizo sólo le importa de verdad aquello que le disgusta; lo que no le disgusta le resulta indiferente. Parece que ha venido al mundo a disgustarse; en el disgusto pone, pues, su afición, su pasión. A sus ojos, todo aquello que... *agrada* es, sin más, superficial, y él se piensa, por descontado, profundo, se quiere profundo.

Pero Juan Guerrero no lleva encima este castizo prejuicio español, y daba gozo verle tan saludablemente... *conforme* con la vida, tal cual ésta es, o parece ser, tener que ser. Su muy visible pasión por las letras, por las artes y las letras, no era, en absoluto, un capricho, un antojo, una manía, una obsesión, una afición, un diletantismo vacío, como pudiera quizá pensarse visto por fuera y a la ligera, sino una muy fuerte razón de amor. No, no se trataba en él de esos bobos enamoramientos, enamoriscamientos que algunos ociosos suelen tener por el arte, por las artes (aunque siempre, sin duda, a falta de otra cosa, pues salta a la vista que vienen a ser más bien una vaga y enmascarada sustitución); esos “amoríos” -un tanto quinterianos- ocupan y suplantán, como se sabe, el lugar del amor, ese amor que tampoco puede ser un amor al arte, sino a la vida (y sólo como una consecuencia suya extrema, al arte también), ya que de otro modo se daría entonces el muy ridículo pecado del esteta, que no es su afición al arte, sino su indiferencia y su sordera a la vida real. Siempre me ha parecido sumamente hermosa y valiosa esa limpia... *conformidad* que algunos mortales -muy pocos- tienen con la vida, incluso a veces hasta con el mundo, pero ha de ser una conformidad sin sombra de resignación, limpia de resignación (de esa triste y fea resignación que inventara la iglesia católica para mejor aplacar y manejar a sus fieles y que, abusivamente, llama “resignación cristiana”, sin tener en cuenta, en absoluto, el original y enigmático

carácter propio del Cristo, del verdadero Cristo -el de los Evangelios-, ya que éste se nos presenta, por una parte, un tanto áspero, airado, y por otra, casi...alegre, no de una alegría como se piensa que es la alegría, es decir, explosiva, vulgar, sino de una alegría... *musical*, como un acorde musical; una musicalidad que fuese más que nada como un saber, como un comprender; una alegría que fuese una armoniosa *concordancia* con la vida tal cual es, con el mundo tal como viene siendo).

A Juan Guerrero se le solía presentar como a un apasionado gustador de las artes y las letras, como a un amante, sobre todo, de las letras, y no dejaba de ser cierto, pero yo lo he recordado siempre como un amante de la realidad y de la vida. (Cuando se dice de alguien que gusta mucho de la realidad y de la vida, se piensa inmediatamente en un *abusador* de ellas, pero Juan Guerrero, aunque tuviera, eso sí, su correspondiente sensualidad de moro claro, de moro murciano, su gusto por la realidad y la vida no era un gusto avariento, sino dadivoso, generoso; sabía, sin duda, que la vida no es algo para nosotros, para aprovecharnos de ella nosotros, sino para que nosotros le vayamos dando a ella... lo que buenamente seamos, y sabía, sin duda, además, que la vida es algo para ser... *acompañada* por nosotros, que nos necesita para que la acompañemos, y es *eso*, acaso, lo que viene a ser nuestra mayor y mejor... gloria.)

Juan Guerrero, como buen creyente que era -sólo los buenos creyentes pueden tener conocimiento verdadero de la obra de creación-, debió entrever algo, diríase, que han visto y entrevisto muy pocos; algo, incluso, que Occidente -con ser quien es- se ha empeñado en ignorar, y que Oriente, en cambio, ha *sabido* muy bien desde *el principio*, o sea, que el arte y la vida no son dos cosas, sino una; debió entrever que el arte no es otra cosa que la vida, que sigue siendo ella, un más allá suyo.